

MARINA TSVIETÁIEVA Y MARÍA ZAMBRANO NO SE ENCONTRARON EN PARÍS

MARINA TSVIETÁIEVA AND MARÍA ZAMBRANO DIDN'T MEET AT PARIS

Marifé SANTIAGO BOLAÑOS

Universidad Rey Juan Carlos

Resumen: En los primeros meses de 1939, Marina Tsvietáieva y María Zambrano estaban en París. La poeta, aguardando los documentos que le permitieran regresar a la URSS, tras décadas fuera de ella. La filósofa, los que le permitieran marcharse a América. La primera, en apariencia, acababa su exilio; la segunda, lo comenzaba. Ambas, procedentes de los dos extremos geográficos que acabarían desgajándose de la idea de Europa, compartían una carga personal, social y simbólica reflejada en sus obras: un mundo de violencia impúdica, donde ni la creación ni el pensamiento de las mujeres habían tenido la voz que, por derecho, les corresponde. Este artículo se centra en la búsqueda de un nuevo espacio común, imaginando de qué habrían podido hablar Marina Tsvietáieva y María Zambrano si se hubieran encontrado.

Palabras clave: Exilios, escritura, razón poética, claro del bosque, mujeres.

Abstract: In the first months of 1939, Marina Tsvietáieva and María Zambrano were in Paris awaiting for some documents. The poet, those allowing to return to Russia, after decades of absence. The philosopher, those allowed her to leave for America. Apparently, the poet was finishing her exile while the philosopher was starting hers. Both of them, coming from those geographical extremes that would end up tearing out themselves from the common idea of Europe. And both of them shared a personal, social and symbolic common burden mirrored in their works: a world of shameless violence, where women's creativity and thought received the deserved and rightful echo. This article focusses on the search for a new common space, imagining what their conversation could have been in case Marina Tsvietáieva and María Zambrano had met.

Keywords: Exiles, writing, poetic reason, forest clearing, women.

I Introducción: habitantes del claro del bosque.

A finales de enero de 1939, María Zambrano cruzaba la frontera hacia un exilio que se prolongaría más de cuarenta años. Unos días después estaba en París aguardando los documentos que le permitirían viajar a América. En esos mismos días, Marina Tsvietáieva, tras catorce años en la ciudad que, una vez, lo fuera de la libertad creadora, esperaba el permiso para volver, con su hijo, a Moscú, donde ya estaban su hija y su marido. Durante un tiempo, París fue capital de los exilios; ahora empezaba a ser la antesala de un porvenir incierto. Para la filósofa española, era un momento de desoladora derrota que impedía, incluso, sobreponerse a la exigencia de no claudicar ante lo que no podía ser más que transitorio en la tragedia de la expulsión de un mundo. Para la poeta, ese regreso a un país que ya no era el suyo era la certeza de la muerte. Los dos extremos del viejo continente, España y Rusia, se desprendían de una idea llamada “Europa” cerrando las puertas a los principios de igualdad, libertad y fraternidad que habían concebido, para la contemporaneidad, dicha idea. Quedaba un relato enmudecido y la desaparición, en escasísimos años, de un pasado que acabó convirtiéndose en duda para quienes se quedaron y en brevísimo sustento de una posibilidad para quienes tuvieron que marcharse. De alguna manera, también se confundían los destinos, en una suerte de confusión entre la realidad y el deseo, entre lo que la estrategia de la razón presentaba y lo que la intuición sabía. Marcharse o regresar ya no eran acciones claras en aquel comienzo de 1939.

Cuando Marina Tsvietáieva dejó Rusia —ya, Unión Soviética— en 1922, hacía diez años que era una mujer casada, llevaba cinco sin saber si era o no viuda y su hija menor, Irina, había muerto de hambre en una suerte de hospicio. Ilya Ehrenburg le comunica que Serguéi Efrón, huido de la Rusia soviética por su participación en el Ejército Blanco, está vivo, y la poeta decide abandonar su país con su hija Ariadna para encontrarse con él. Atrás quedará un universo de sentido del que había sido protagonista, y en el que la cultura se convertía en cimiento y horizonte. Es 1910 cuando publica su primer libro de poemas, *Álbum vespertino*, recibiendo, entre otras, las mejores críticas del reputado artista y mentor literario Maximilian Voloshin. Será él quien de un modo simbólico señale la naturaleza poética que va a tener la vida de Marina Tsvietáieva, como ella misma nos cuenta en *Viva voz de vida*, el libro que dedicará, cuando ya haga mucho tiempo que es una emigrada, a su amigo al recibir la noticia de su muerte¹.

Para situar lo que significa este singular réquiem, hay que imaginarla a ella con apenas dieciocho años y una carga biográfica determinante. Marina Tsvietáieva, nacida en 1892, es la hija mayor de Maria Mein, mujer culta, excelente pianista próxima a Rubinstein, quien se había casado con el erudito historiador del arte Iván Tsvietáiev, viudo con dos hijos de su primer matrimonio. Como dirá nuestra

¹ Maximilian —Max— Voloshin, “constructor de destinos”, como lo nombra Marina Tsvietáieva, falleció en 1932 en Koktebel, el pueblo del Mar Negro donde tenía su casa que se convirtió, en los años anteriores a la Revolución, en un verdadero hogar para acoger la creación y el pensamiento. Es en la casa mágica de Voloshin donde Marina Tsvietáieva conoció al que sería su marido, Serguéi Efrón.

poeta, siguiendo los diarios de su madre, fue un matrimonio realizado “junto a una tumba” en el que sus padres entregaron, cada uno por su parte, las heridas de sus corazones. Maria Mein donó talento, discreción y su tristeza a esa nueva familia con la que se había comprometido. Formó a sus hijas en el universo de la música, siendo la propia Marina Tsvietáieva una notable pianista buena conocedora tanto del repertorio clásico como del contemporáneo. Destaquemos a tal respecto que uno de los hilos firmes de la amistad entre la poeta y Boris Pasternak procede, precisamente, de ese territorio al que el futuro Premio Nobel quiso dedicar su vida, la música, siendo el mismo Scriabin quien le recomendó que orientara su formación hacia el pensamiento.

Entre la vocación y la vida que se convierte en biografía puede haber fisuras, pero nunca una renuncia a la naturaleza más íntima, como escribirá María Zambrano: la vocación es lo que, aun queriendo, no puede dejarse. En esa voluntad impuesta por la vida insustituible de cada ser humano, está la raíz de todos los senderos que se vayan recorriendo, incluso cuando se ignore. En 1906, sin haber cumplido siquiera cuarenta años, muere Maria Mein. Marina Tsvietáieva sentirá que la herencia materna es su absoluta necesidad de belleza, el amor a las lenguas y literaturas francesa y alemana, y aquella soledad adolescente que, incluso con el paso de los años, no abandonó. Su padre se entregará, todavía más, a lo que Marina llama, no sin un punto de dolor, su “segunda familia”, lo que sería el futuro Museo de Bellas Artes —hoy Museo Pushkin—, que Tsvietáiev consideró la obra y culminación de su vida, tarea en la que Maria Mein había sido fiel colaboradora.

La niña, la adolescente Marina crecerá, junto a su hermana Anastasia —Asia— formándose en internados europeos que, al principio, buscaban la salud de su madre y acabaron siendo los lugares donde ya no estaba su madre. Escribir se convierte, siguiendo las palabras de María Zambrano, en ese “conservar la soledad en que se está”. Una soledad que cambia radicalmente, sin perderse, cuando publica, como decíamos, *Álbum vespertino*. El libro tiene una acogida importante en el panorama cultural moscovita del momento. Que Maximilian Voloshin se fije en él, vaya incluso a visitar a su autora a su propia casa, y la invite a la suya de Koktebel, donde una suerte de comunidad de artistas se reúne con el firme propósito de hacer del mundo un lugar para la belleza, permite imaginar el giro de la vida de Marina Tsvietáieva y el significado de compartir, de un modo abierto, lo que había sido, hasta entonces, su alma. A partir de ese momento, Marina entra en el círculo donde también se encuentran un Ósip Mandelstamm, un Andréi Biely o un Alexandr Blok, acogidos por el propio Voloshin en Crimea. Comienza a formar parte de los círculos moscovitas, comenta la poesía del círculo acmeísta, de San Petersburgo, a pesar de ser ella, siempre, una tímida solitaria y soñadora. Y si bien los grupos de Moscú y los de San Petersburgo no siempre coincidieron en estética e intenciones, eso no impidió que se cruzaran poemas, que se mezclaran en las revistas literarias o que se encontraran en tertulias y cafés donde su obra se leía y se discutía. Y, desde luego, la distancia geográfica e, incluso, vital no impedirá que las dos poetisas más grandes y representativas de aquel tiempo prolongado en el tiempo, Anna Ajmátova de San Petersburgo y Marina Tsvietáieva de Moscú, se reconocieran, se respetaran, se dedicaran poemas y se admiraran, incluso cuando no hubo lugar verdadero para la amistad, cuando una se quedaría en la URSS y la otra se marcharía. Y a pesar de que los encuentros

reales fueron escasos, el último de ellos, casi clandestino como veremos, pocos días antes de ser evacuadas por la proximidad de los nazis y los bombardeos sobre Moscú.

En aquellas primeras décadas del novecientos, entre las palabras poéticas, la fuerza del teatro del momento, la vanguardia artística, la nueva música, está Marina Tsvietáieva formando parte, en definitiva, de la “Edad de Plata” de la cultura rusa. Y a pesar de considerarse una extranjera en todo momento y en todo lugar, aguarda una revolución, la espera y por ella se compromete a seguir viviendo, como le ocurrió a una buena parte de los jóvenes artistas que le fueron contemporáneos.

El mismo espíritu de su tiempo recoge María Zambrano, sin que sea óbice la aparente lejanía entre esos dos territorios del norte y del sur de Europa. Sus padres, ambos maestros, son el comienzo de un viaje que, en 1904, arranca en Vélez-Málaga de donde queda la lección de la luz. Después Madrid, con muy pocos años y la primera escuela donde es maestra su madre, y un traslado temprano a Segovia, en 1909 cuando su padre, Blas Zambrano, es nombrado maestro regente y, definitivamente, en 1910 cuando su madre, Araceli Alarcón, es nombrada también maestra en la ciudad. Allí permanecerá la familia hasta bien avanzados los años 20, allí nacerá su hermana Araceli. Y allí comenzará el aprendizaje ético, intelectual, estético, que va a caracterizar su pensamiento. El entorno cultural de María Zambrano, a pesar de tratarse de una pequeña ciudad de provincias, tiene una dimensión cosmopolita inducida, sobre todo, por el grupo en el que se mueve Blas Zambrano, por los contactos con Madrid y por las amistades que, a modo de “afinidades electivas” van creando un núcleo verdaderamente transformador. Desde su llegada a la ciudad castellana, hallamos a don Blas participando activamente en tertulias, iniciativas editoriales, proyectos pedagógicos renovadores. Y de un modo especial, por la trascendencia que supone cuando llegue el momento su nombre se inscribe en la fundación de la Universidad Popular; ya es 1919, y Antonio Machado acaba de llegar a Segovia para hacerse cargo de la cátedra de francés en el Instituto de enseñanza secundaria.

Al magisterio de don Blas, de Antonio Machado, de su entorno intelectual que incorpora, directa o indirectamente, a creadores de la envergadura de Emiliano Barral, Ignacio Zuloaga, Julián María Otero, Fernando Arranz o Agapito Marazuela —ejemplos de ámbitos diferentes para calibrar el ambiente extraordinario—, hay que sumarle la actualidad, la vanguardia, la modernidad de la juventud que a María Zambrano le entrega su primo Miguel Pizarro. A través de este joven brillante, amigo de Federico García Lorca, estudioso de la cultura japonesa, la adolescente, la jovencísima María empieza a comprender que ha llegado la hora de España y que son ellos, las y los jóvenes de su generación, los llamados a transformar un país lleno de carencias educativas, sociales, culturales que, sin embargo, está preparado para el cambio. Un cambio depositado, aunque pueda parecer una paradoja, en el legado de una historia siempre sin culminar que, en ese momento de España, concita la tarea de tres generaciones que conviven: la llamada “generación del 98”, la “generación del 14” y la “generación del 27”. Un hilo que une nombres, experiencias, magisterios, esperanzas, proyectos, y que llega hasta esa “Edad de Plata” en la que por nacimiento e intención está nuestra filósofa.

En Segovia, María Zambrano tiene también la dura experiencia de ser mujer y que eso parezca significar un camino de renunciadas a aquello que el corazón y el entendimiento piden. En su caso, será

determinante para lo que habrá de venir después. Ella misma, cuando recuerde aquellos años de mirada que aprende, de palabra que llega convertida en acción, verá la causa última de haber elegido estudiar filosofía para entender el sentido de lo que es voluntad y lo que es destino. En 1914, cuando en Rusia Marina Tsvietáieva comprendía que no era esa la revolución que iba a traer el fin de una época de desigualdad e injusticia, la joven española publica, en una revista del madrileño Instituto San Isidro, el que será su primer artículo. Marina pronto es consciente de que, como escribiera su amado Homero, una guerra siempre es un combate que causa lágrimas. María es recriminada por Blas Zambrano a quien no le parece oportuno que alguien tan joven como su hija se atreva a mostrar una opinión en público, a pesar de que la reflexión lo sea ya sobre la paz y la guerra, sobre la Europa herida. Hay que formarse primero, hay que aprender a escuchar lo que personas que han vivido más han reflexionado. Hay que leer poesía, hay que leer pensamiento, hay que acercarse a las grandes obras de la literatura universal, que es donde se custodia la humana condición. Y hay que hallar una independencia personal que permita elegir, aunque la tradición y los hábitos inculquen acciones que son control social.

Con dos miradas opuestas, ambas parecen convertirse en la sibila que habita un más allá. Lo leemos en sus textos de entonces, en los poemas y en las cartas que Marina Tsvietáieva y María Zambrano escribieron toda su vida. Y en esos diarios para registrar lo esencial que, algunas veces, acabó convertido en poema o en ensayo, en obra de teatro o en delirio. Como una premonición las dos mujeres empiezan a recorrer un camino que va a encontrarlas, sin que ellas sepan nunca lo cerca que están, en París el año 1939.

Marina Tsvietáieva, María Zambrano, habitantes de ese claro del bosque zambraniano que vamos a tomar como gran metáfora de su papel en el tiempo que, como personas, padecieron:

El claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar; desde la linde se le mira y el aparecer de algunas huellas animales no ayuda a dar ese paso. Es otro reino que un alma habita y guarda. Algún pájaro avisa y llama a ir hasta donde vaya marcando su voz. Y se la obedece; luego no se encuentra nada; nada que no sea un lugar intacto que parece haberse abierto en ese solo instante y que nunca más se dará así. No hay que buscarlo. No hay que buscar. Es la lección inmediata de los claros del bosque. Nada determinado, prefigurado, consabido. Y la analogía del claro con el templo puede desviar la atención.

Un templo, mas hecho por sí mismo, por “Él”, por “Ella”, o por “Ello”, aunque el hombre con su labor y con su simple paso lo haya ido abriendo o ensanchando. La humana acción no cuenta, y, cuando cuenta, tiene entonces algo de plaza, no de templo. Un centro en toda su plenitud, por esto mismo, porque el humano esfuerzo queda borrado, tal como desde siempre se ha pretendido que suceda en el templo edificado por los hombres a su divinidad, que parezca hecho por ella misma, y las imágenes de los dioses y seres sobrehumanos que sean la impronta de esos seres, en los elementos que se conjugan, que juegan según ese ser divino.

Y queda la nada y el vacío que el claro del bosque da como respuesta a lo que se busca. Mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada².

² Un equipo de investigadores e investigadoras, bajo la dirección de Jesús Moreno Sanz, está llevando a cabo la edición de las obras completas de María Zambrano. Cada texto publicado de la autora va precedido de un estudio erudito que, a modo de presentación, permite abordarlo desde múltiples e importantísimos ángulos; tal es el caso del que precede a *Claros del bosque*, realizado por la doctora Mercedes Gómez Blesa. María Zambrano está escribiendo este libro referencial, casi una culminación esencializada de su pensamiento y de su estilo, en sus últimos años de exilio antes de volver a España, cuando vivía en una modesta granja en La Pièce, en el Jura francés. Su hermana Araceli está ya muy enferma, no llegará a ver publicado *Claros del bosque* que María le dedica. Cerca de la filósofa, durante este periodo crucial de su biografía, están el poeta José Ángel Valente y Joaquina Aguilar, ambos radicados en Ginebra, que la ayudarán a ordenar lo que acabará siendo *Claros del bosque*. Queremos señalar que parte del espíritu de este libro está en *Notas de un método*, lo que es importante para reflexionar sobre la idea propuesta, por ejemplo, por el investigador y cineasta José Manuel Mourinho de que en María Zambrano se da lo que él llama “método de los claros”. Tal método de los claros es, desde nuestro punto de

II. La amistad y el amor en la historia sacrificial

Marina Tsvietáieva tomó la decisión de acompañar toda su vida a aquel joven judío, enfermizo y tímido que conoció en Koktebel cuando los dos eran casi unos adolescentes. Serguéi Efrón y Marina Tsvietáieva se casaron en enero de 1912, y su hija Ariadna (Alia) nació en septiembre de ese mismo año. Un año después morirá Iván Tsvietáiev, habiendo podido inaugurar su Museo, que había sido una prueba hercúlea contra la burocracia y la mediocridad. En Marina hay, pues, sentimientos que se enfrentan en este periodo de descubrimiento y felicidad personales y, a la vez, de constatación de la miseria del mundo. Ha conseguido una casa para Serguéi, Alia y ella, la ha convertido en un hogar donde los encuentros artísticos, poéticos, la música, la pintura, la belleza están siempre presentes. Y casi al mismo tiempo, la guerra, la toma de decisiones, su segunda hija, Irina, en la que no acaba de hallar la cercanía y la sorpresa que, desde el primer instante, tuvo con Ariadna. Y la dificultad de que se entienda que su forma de manifestar la amistad y el amor en nada empaña el vínculo afectivo, simbólico, que la une a su marido. Este vivirá los “encandilamientos”, los “idilios cerebrales” de Marina como una traición. Ella no podrá entender el porqué de los celos, de situar lo efímero, lo biológico al mismo nivel que lo ético, el compañerismo y el placer.

Es interesante imaginar la contradicción que tuvieron que solventar tantas mujeres europeas de las primeras décadas del siglo XX, porque también nos permite acercarnos a su obra desde una perspectiva que la trasciende y, a la par, abre “archivos de la memoria” que pasarían inadvertidos si no mencionamos este hecho exclusivo de las mujeres. Por una parte, se iban logrando derechos, el primero y más importante para poder hablar dentro del espacio de lo común es el derecho al voto. Votar te hace “persona”, es decir, sujeto político dotado de voluntad propia para decidir, de un modo independiente, el presente y el futuro en la comunidad. Ser persona es el derecho previo al logro de todos los demás derechos. Cuando un grupo humano se convierte, además, en un grupo de personas lo diverso aumenta, y se redistribuye el mapa de lo común que, inevitablemente y, añadamos, por fortuna, cambia de forma. Revisitamos ahora esa frase de María Zambrano aludida en el fragmento de *Claros del bosque*: “nada determinado, prefigurado, consabido”.

Serguéi Efrón llega a escribirle una carta a Voloshin diciendo que él ya no tiene lo que Marina requiere y que esa es la causa por la que va a alistarse en el ejército. Hay, por tanto, una suerte de castigo hacia ella sin que conscientemente se explicite. Y a pesar de que Marina Tsvietáieva trate de hacerle entender que esos “encandilamientos” no son deslealtad, incluso a pesar de que ella lo acompañe en esa implicación ideológica escribiendo textos enaltecidos sobre el Ejército Blanco, lo cierto es que hay una decepción que, a la par, se convierte en culpa. Se explicita la dificultad de ser mujer y ser creadora, de utilizar palabras que tengan el mismo sentido para un artista y para una artista.

Es la misma conclusión a la que nos lleva la correspondencia de María Zambrano con Gregorio del Campo, quien fuera su novio en Segovia durante más de una década, con quien estuvo a punto de

vista, una de las afinidades entre Marina Tsvietáieva y María Zambrano. La referencia bibliográfica de la cita dada es la siguiente: Zambrano, M. (2018). *Claros del bosque*, en *Obras Completas*. Volumen IV, Tomo I. Barcelona: Galaxia-Gutenberg, p. 55.

casarse y con quien llegó a tener un hijo que moriría poco tiempo después de nacer³. En las cartas, que han permanecido inéditas más de ochenta años, hay tensión y hay cariño, hay dolor y hay contundencia en las respuestas a otras cartas, las de él, que no tenemos. Pero, sobre todo, existe la posibilidad de comprender a una joven española, europea, de esa década “de plata” a nivel cultural, que también lo fue porque los cambios culturales, los riesgos creadores incidían o se mostraban en los cambios sociales. Una María Zambrano libre, que quiere ser “lo que me dé la gana”, que se enfrenta a la sexualidad de un modo abierto, reflexivo; que apela a los grandes textos, precisamente, para avalar sus sentimientos. En definitiva, que abre senderos “en y para lo cívico” que acabarán siendo su personalísimo modo de enfrentarse a la filosofía y a la poesía.

Si cotejamos las cartas de Marina Tsvietáieva, las entradas de sus diarios y, sobre todo, los ciclos poéticos que dedica a esos “idilios cerebrales” cuando acaban, entenderemos también su dificultad para hallar su lugar en un mundo que castiga, socialmente, a quien lo apela. Inevitable mencionar *Poema de la montaña* y *Poema del fin*, inspirados ambos en su relación con Konstantín Rodzévich. Ella está, de nuevo, con Serguéi en Praga, ha nacido su tercer hijo, Gueorgui (Mur), y a pesar de que se da cuenta de que la relación con su marido ya es pura memoria, no quiere hacerle daño y renuncia, con el acuerdo de su amante amigo Rodzévich, a ese afecto sincero y verdadero. La amistad entre los dos, sin embargo, se mantuvo siempre. Cuando, con el paso de los años, sean los diarios de Gueorgui Efrón los que nos permitan saber dónde está el alma de su madre poeta, Rodzévich será un nombre que remite a la confianza y al cuidado, a la solidaridad y a la esperanza.

Y he aquí, de nuevo, un punto de encuentro importante entre estas dos mujeres: su fidelidad a la amistad y el profundísimo valor ético que le atribuyen. No solo son las cartas o los diarios los que dan cuenta de esta verdadera actitud de sus respectivas personalidades, sino también la obra que, desde el inicio tuvo “vocación pública”, es decir ciclos poéticos, ensayos o textos teatrales. Tanto en María Zambrano como en Marina Tsvietáieva es una pura convención clasificar, separando, los géneros literarios en sus distintas obras; ese hecho tendría que darnos una nueva clave de acceso a la tarea que, consciente o inconscientemente, asumió su tiempo generacional, incluso cuando tengamos que salvar la distancia de edad y precipicio geográfico de procedencia que, como venimos observando, se diluye en el absoluto de una Europa que pierde su vitalidad, su organicidad, y acaba estallando en la violencia absoluta de la guerra.

Mantuvieron lazos de amistad, escribieron sobre ellos dedicando fragmentos de obras y obras plenas a quienes seguían estando a su lado en la extraña medida de la memoria. A su alrededor,

³ En 2012, la autora de este artículo hizo la edición de *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, de María Zambrano. Durante más de ochenta años, la familia de Gregorio del Campo había guardado, con esmero y respeto, las cartas que María Zambrano le había enviado al, entonces, joven alférez que estudiaba en la Academia de Artillería de Segovia. Las cartas se prolongan en el tiempo: Gregorio puede estar en Segovia y su novia le escribe, aunque vayan a verse unas horas después, reflexionando sobre una conversación que han tenido, le propone una idea, le habla de sus sentimientos; o el joven está en la Guerra de África y escribe poco a su novia, ya estudiante de Filosofía, con el consiguiente desasosiego de esta que, además, le habla de acontecimientos “de actualidad” que ella convierte en universales. Las últimas cartas son muy duras. También son un testimonio valiosísimo para comprender ese “castigo social” al que la norma impuesta por la tradición, ya incorporada al inconsciente, somete a las mujeres que la impugnan.

siguieron acompañándolas las amigas del pasado, incluso cuando se hubiera perdido la posibilidad de la correspondencia. Y fueron acercando a amigos nuevos, a amigas nuevas porque sabían reconocerse en esa patria inalterable de la amistad. María Zambrano imaginó, muchas veces a lo largo de su existencia nómada por obligación, que acababa viviendo en una comunidad de amigos y amigas dedicados a la creación, al pensamiento. Ese habría sido el sueño de Marina Tsvietáieva, en la soledad de su biografía de extranjera en el mundo. Por eso sus recuerdos de aquellos años de dureza inhumana, en el Moscú sitiado antes de marcharse a “occidente” para reunirse con Serguéi Efrón, siempre borran la carencia, el hambre, la crueldad de las circunstancias, en las imágenes del encuentro de amigos en aquella casa-barco que iba perdiendo espacio que habitar y, sin embargo, resistía los embates de la historia porque la ocupaban largas conversaciones en la noche con las amigas actrices, con los amigos actores, con poetas, con músicos.

Marina envejece antes de haber cumplido los treinta años, cuando sepa que Irina ha muerto de hambre en el hospicio al que la había llevado pensando en que de ese modo sobreviviría. Se siente culpable hasta el punto de pensar que Seriozha (el apelativo cariñoso con el que se refiere a su marido), desaparecido, del que nada sabe, que la ha abandonado a ella y a sus niñas, acaso la rechace para siempre. Tal vez ese rechazo sea, para ella, expiación porque asume que será lo primero que tenga que explicarle si llegan a encontrarse en Berlín, cuando sabe que está vivo:

Desde que nací fui expulsada del *círculo de los humanos*, de la sociedad. No tengo atrás un apoyo viviente, -tengo un peñasco: el Destino. Vivo contemplando mi vida -*toda la vida*- ¡la Vida! No tengo edad ni tengo rostro. Quizá yo sea -la Vida misma. No temo la vejez, no temo al ridículo, no temo a la miseria -ni a la hostilidad -ni a la maledicencia. Yo, encubierta por un cascarón de alegría y fuego soy -piedra, es decir, invulnerable. Pero está Alia. Seriozha. -No me importa despertar mañana llena de arrugas y con la cabeza encanecida -¡me da igual! -modelaré mi Vejez- ¡de todas formas me habrán amado tan poco!

Viviré -las Vidas -de los otros. (Tsvietáieva, 2008, pp. 142-143).

Tres días después —fecha “Moscú, a 7/20 de febrero de 1920, viernes”—, vuelve a escribirle a sus amigos Vera Zviáguintseva y Alexandr Eroféiev:

Amigos míos:

Tengo una pena muy grande: Irina murió en el hospicio, el 3 de febrero, hace cuatro días. Y la culpa es mía. Estaba tan ocupada con la enfermedad de Alia (malaria -con ataques recurrentes) – y tenía tanto miedo de ir al hospicio (miedo de que sucediera lo que finalmente sucedió), que deposité mi confianza en el destino.

[...] - ¡Sencillamente no lo creo todavía! Vivo con un nudo en la garganta, al filo del abismo. – Ahora entiendo muchas cosas: la culpa de todo la tiene mi espíritu aventurero, la ligereza con la que enfrento las dificultades, finalmente mi salud, mi monstruosa resistencia. Cuando para ti es fácil no ves que para el otro es difícil. Y -finalmente - ¡yo estaba tan abandonada! Todo el mundo tiene a alguien: un marido, un padre, un hermano -yo solo tenía a Alia, y Alia estaba enferma, y me entregué a su enfermedad -y Dios me castigó.

[...] Otras mujeres olvidan a sus hijos por los bailes – el amor – los vestidos – la fiesta de la vida. Para mí la fiesta de la vida es la poesía, pero no olvidé a Irina por la poesía - ¡no he escrito nada en dos meses! Y – lo más terrible es - ¡que no la olvidé! – no la olvidaba, no hacía sino atormentarme y preguntarle a Alia: - “Alia, ¿qué opinas...?”. Y todo el tiempo me disponía a ir por ella, y siempre pensaba: “En cuanto Alia esté bien, me ocuparé de Irina”. – Y ahora ya es tarde. (Tsvietáieva, 2008, pp. 143-144).

Un hilo secreto de amistad la mantuvo aún en vida, sin embargo, en Berlín, en Praga, en París a partir de 1925. Irá tirando de él siempre, aunque se va acortando desde su regreso a Moscú en 1939. Y

se romperá en aquel aciago agosto de 1941, en el que es evacuada a Yelábuga, acosada por el KGB y, muy posiblemente, inducida al suicidio aprovechando la ausencia de su hijo. En aquel momento, ya no es válida siquiera la memoria de un mundo al que, sabe, no podrá regresar nunca.

El hilo de María Zambrano la lleva, en 1939, a América. Es esa amistad incondicional la que le da cobijo, la que le propone una suerte de esperanzadora espera. Mas salir del laberinto exige desandar el camino. Amistad, amores que la unen a esa España-matriz de la que la historia la había expulsado, junto a miles de hombres y mujeres que, como ella, tuvieron que abandonarla. El claro del bosque tiene, a su alrededor, huellas que pueden provocar una cierta inquietud y, a la vez, contienen certezas. María Zambrano “se ofrece al saber del claro”, y ama y escribe, y da clase y se siente impotente ante la envidia y la tradición. Da a la imprenta títulos definitivos y definitorios que, en sí, recogen la plenitud significativa del itinerario de la agonía de una Europa sin porvenir, de una Europa que ha desterrado el pensamiento como lo había hecho ya, desde la soberbia de la razón, con la poesía. Refiere el vínculo innegociable entre la democracia y la persona que, en el terreno de lo común, es su habitante. Y empieza a pergeñar la búsqueda de esa ruptura entre los seres humanos y lo sagrado que, de un modo trágicamente experiencial mancilla cuerpos para destruir almas. En su obra flota la idea de perdón, de reconciliación, de hermandad. Será su Antígona quien, de un modo pragmático en el rito del teatro, ofrezca la palabra que pudiera lograrlo.

Marina Tsvietáieva se ahorca en Yelábuga en agosto de 1941. Hay una tradición sobrecogedora que dice que la cuerda era la que sostuvo un paquete de libros que le había enviado su amigo Boris Pasternak. No puede esperar, como le escribe a su hijo en una carta de despedida, al final de esa locura de la guerra. Teme la llegada del nazismo por mucho que huyan de él. Sabe que su “pasión por el judaísmo” va más allá de una tradición, unas costumbres, un pueblo, y tienen que ver con una actitud que la lleva a escribir que todo poeta es judío, como una forma innegociable de fidelidad, y que la expulsa de la tierra presente de los seres humanos, y le exige bajar a los infiernos sola como le había dicho su amigo Voloshin que se desciende a los mismos⁴.

Marina Tsvietáieva había suplicado al mismo Beria o al mismo Stalin por la vida de su hija, detenida, el 27 de julio de 1939, durante una visita a la casa familiar que le han asignado a la familia Efrón en Bolschevo; por la de su marido, detenido, poco después. Tendrá que abandonar, de un modo clandestino, ese lugar en el que, como escribe en sus diarios, todos estaban preocupados por la actualidad que, a ella, le era ya tan ajena. La vuelta a Moscú, el regreso a la escuela de Mur, absolutamente convencido ha de seguir aprendiendo, ha de seguir estudiando como único talismán para pasar el puente hacia el lado de la cordura, de la grandeza, en un tiempo de pura miseria y sordidez morales. Los dos vagando por las calles hasta que llega la hora en la que pueden ocupar habitaciones prestadas. El rechazo de Marina cada vez que ofrece traducir, publicar. Hay que castigar su actitud, su afrenta al nuevo régimen dado que es una emigrada. La culpa es eterna, no se limpia ni con las pruebas

⁴ Confróntese con todo el pasaje en el que Marina Tsvietáieva da cuenta de la enseñanza de Maximilian Voloshin en aquellos primeros días juntos en Crimea. Lo recordará, probablemente con matices que no había sentido cuando oyó por primera vez la sentencia de su amigo, en ese réquiem al que ya hemos aludido y que titula *Viva voz de vida*.

a las que el poder somete. De poco va a valer que Serguéi se haya arrepentido de su pasado “blanco” y se haya visto envuelto, incluso, en un asesinato en París que, de alguna manera, le daría el salvoconducto para regresar a su país de origen. Marina se va viendo reducida a la inanición social, se le empieza a exigir el sacrificio que culminaría este rito siniestro. Y, como Yocasta, se ahorcará. Anna Ajmátova, con la que se había reunido en secreto poco antes de ser evacuada de Moscú, se sintió conmocionada cuando supo que la poeta había muerto. Como Boris Pasternak. Como los amigos a los que Gueorgui escribe para que sepan que su madre se ha ahorcado. Gueorgui volverá a Moscú, entrará en la universidad, será llamado a filas. Y en 1944, pocos días después de haber entrado en combate, morirá en el frente.

III. Heroínas primaverales frente a la violencia de la historia

Vamos a recorrer, de un modo somero, dos textos “formalmente teatrales”: *Ariadna*, de Marina Tsvietáieva, y *La tumba de Antígona*, de María Zambrano⁵.

Marina Tsvietáieva planea una trilogía teatral que tendría como protagonistas a Ariadna, Fedra y Helena. No llegó a escribir la tercera de ellas, aunque podemos intuir que sería otro fragmento de ese nuevo plano para abordar la mitología que, nos atrevemos a señalar, incorpora lo que hoy llamamos “perspectiva de género”. Es importante, desde nuestro punto de vista, hacer un pequeño comentario al respecto, pues vuelve a ser otro hilo en ese tejido del encuentro imaginado al que queremos llevar la bio-bibliografía de Marina Tsvietáieva y María Zambrano.

La “edad histórica” que nuestra poeta “que piensa” y nuestra pensadora “poética” compartieron se sintetiza, de un modo extremo y aleccionador, en el logro del derecho al voto de las mujeres. Ellas dos no fueron ajenas a este acontecimiento, que vivieron, como ciudadanas, de un modo distinto en sus matices pero próximo en sus resultados. Marina Tsvietáieva tendrá que ubicar esta conquista de la ciudadanía en su exilio. Y si bien no es, ni mucho menos, la primera vez que sale de Rusia pues su formación académica, como hemos señalado, está marcada por haberse desarrollado fuera de su país de nacimiento, el hecho de tener que adaptarse a una vida que le retira cierto universo de sentido, que ella defenderá hasta el final, también exige pensar sobre su condición de mujer en un mundo estructurado sin nosotras. Será ella quien, por ejemplo, mantenga económicamente a su familia en una buena parte de la vida en común con Serguéi Efrón, perpetuo estudiante, becado por el gobierno checo durante un tiempo, con una personalidad débil, turbia en cuanto a su modo de estar en el mundo y siempre en permanente desasosiego mezclado con un énfasis que podríamos identificar con confusión. Marina traduce, escribe artículos, recita. Y, ya en Praga y París, publica en las revistas que acogen la palabra de la creación y el pensamiento de la emigración rusa. Si bien podemos rastrear su pensamiento en torno a la igualdad entre hombres y mujeres, o su reflexión más o menos directa, en cartas y ensayos

⁵ Para una mayor profundización en este tema, remitimos al apartado “Marina Tsvietáieva, María Zambrano, Antígona y Ariadna: espacios de una razón maternal”, en la segunda parte de nuestro libro Santiago Bolaños, M. (2014). *El secreto de Ofelia: Teatro, Tejidos, el Cuerpo y la Memoria*, Madrid: Ediciones Cumbres, pp. 217-251.

libérrimos en su estructura y en su forma de acercarse al tema del que se trate, la elección de estos personajes femeninos conduce a un centro, a un “claro del bosque” desde el que recibir su vivencia.

En el caso de María Zambrano, algunos textos, sobre todo de su primera juventud, pudieran inducir a la conclusión de que no está cerca de ese momento de la historia en el que el sufragismo recogía siglos de tradición y lucha que se enfrentaban a siglos de exclusión, se hace necesario, para cambiar el rumbo de las conclusiones, detenerse en el dato central de que una de sus primeras incursiones públicas fue la columna que con el nombre de “Mujeres” mantuvo, durante 1928, en el periódico *El Liberal*⁶. Temas que, desafortunadamente, siempre son portada estructural de una civilización como la nuestra incluso hoy, como la violencia contra las mujeres, se convierten en foco para su reflexión sobre la diferencia a la que las mujeres están obligadas a renunciar si quieren formar parte del espacio de lo común. De ahí sus intempestivas declaraciones cuando se trata de temas como, en su momento, la legalización del divorcio que ella interpreta no como un acto de libertad para las mujeres, sino como una posible nueva cadena. Para María Zambrano, dentro de esa constelación que abarca el magisterio de Giner de los Ríos, la revolución se hace en el espíritu, y antes de tomar una posición hay que sopesar las razones, los caminos y las consecuencias. Y, sobre todo, siempre hay una alerta “revolucionaria”, en cuanto María Zambrano considera que se trata de cambiar, democráticamente, simbólicamente, las reglas de convivencia para que, de verdad, se permita una libre elección, sin interferencias que pesen dentro de hábitos y costumbres, a la hora de elegir la vida. Han tenido que pasar décadas para que esta indicación visionaria se convierta en el núcleo de un paso hacia la igualdad real, como espacio construido y pactado para que la diversidad sea su fundamento enriquecedor.

Algo semejante podemos decir de Marina Tsvietáieva recorriendo los textos que dedicó y en los que se refirió, expresamente, a mujeres de su entorno inmediato (amigas próximas o muy admiradas como, por ejemplo, la actriz Sonia Holliday o la pintora Natalia Goncharova), o la escritora Natalie Clifford-Barney. Tratar de interpretar su obra desde parámetros sexualizantes minimiza, desde nuestro punto de vista, las dimensiones de la misma. La mujer Marina Tsvietáieva y la poeta Marina Tsvietáieva se unen en la obra que, como observamos, deviene memoria ancestral y configura memoria aún no creada. Con la naturalidad de quien habita esos “estados intermedios de la materia” que la creación permite, el universo que Tsvietáieva concita abre ventanas donde todavía no sentimos más

⁶ En 2007, Juan Fernando Ortega Muñoz editó una antología de textos de María Zambrano con el título *La aventura de ser mujer (selección de textos)*. Consideramos de suma importancia detenerse en dichos textos, ahora ya recogidos en las Obras Completas. En ellos, podemos ir siguiendo un itinerario temprano de las inquietudes y los convencimientos políticos de María Zambrano, quien va madurando hasta llegar a uno de sus últimos proyectos casi al final de su vida, que quedó inconcluso, pero del cual se conserva el esquema de trabajo, tal y como ha estudiado la doctora Rosa Mascarell, y que habría de constituir una suerte de historia de las mujeres. Tampoco podemos olvidar el interés de María Zambrano por la obra de mujeres como Eloísa, Lou Andreas-Salomé o Simone Weil, a quien conoció en Valencia, en 1937, durante el Congreso de Intelectuales por la Paz, o de personajes literarios femeninos desde los que traza un plano nuevo para la filosofía, digno de enmarcarse en la mejor tradición raciopoética de lo que podríamos llamar “pensar en español”, que ha excedido el texto canónico-científico y se ha visto expuesto en textos poéticos, teatrales, en novelas o textos pictóricos y musicales.

que muros, propone horizontes que todavía no se saben siquiera posibles. Y la libertad y el amor de las mujeres se puebla, también, del sentimiento de sororidad que dibuja una genealogía ajena a la historia canónica en línea recta.

Tanto la correspondencia como los diarios de María Zambrano y Marina Tsvietáieva están plagados de alusiones, de veladuras, de sinceridad “fuera del orden”. Por ello, cuando se leen desde esa “corporeidad mujer” que los ha escrito el relato que contienen sus palabras gira hacia derroteros no habituales, “fuera del orden” también. No es baladí que María Zambrano escribiera ese *La confesión, género literario* señalando que el hecho de confesar —atribuible, simbólicamente, al diario o a la correspondencia— significa proyectar a quien confiesa “fuera de sí” y, por lo tanto, ofrece la ocasión para que una experiencia personal, única, se extienda hacia el ejemplo universalizable que, por su propio viaje, deviene experiencia común. En la historia genealógica de las mujeres, es indispensable esta literatura que ejerce de memorial, que es huella, que es umbral desde el que dar comienzo esa otra nueva historia-matria, y que hay que aprender a leer porque, en sí, se trata de una reescritura.

Y ahí están esas dos heroínas primaverales a las que hemos aludido, Antígona y Ariadna que como María y Marina son extranjeras entre los suyos, y, por lo mismo, compartirán biografías sacrificiales.

Antígona, en el decir de la propia María Zambrano, es su hermana Araceli, aunque haya quien considere que es un trasunto de la propia María, tema también importante si comprendemos la unión de ambas hermanas, a la que vamos a aludir ahora. Lo imprescindible es que la filósofa de la razón poética sitúe el “tiempo” de su *Antígona* en ese límite entre la noche y el día, con lo que la palabra que nos llega es “auroral”. Y, además, que se valga de la forma del teatro —ese lugar desde el que se puede “mirar a lo divino”— para que Antígona tenga una oportunidad antes de su morir al mundo de los vivos y antes de abandonar esa patria que se fundamenta en la guerra, en la competición, en la violencia. Esa historia vampírica que se sostiene en la sangre derramada, en el miedo y en la enemistad. Frente a ella, la patria a la que apela Antígona es matria porque es de amor, “tierra prometida” donde no temer a quien no es como eres tú, lo que permite establecer hilos que acerquen y no fronteras vigiladas que separen. Recordemos el hecho atroz de que cuando, en su exilio cubano, María Zambrano reciba una carta de Araceli, desde el París de 1946, anunciándole la gravedad de su madre, a la angustia de la noticia se une la de la espera, en Nueva York, del permiso para regresar a Europa. La demora hará que cuando María llegue a la llamada de su hermana su madre ya haya sido enterrada y conozca, en el mismo destino, la violencia padecida sobre Araceli, la tortura a la que fue sometida por los nazis, la humillación para conseguir saber el paradero de su compañero, Manuel Muñoz, alto cargo del gobierno republicano español, buscado por la Gestapo y, finalmente, extraditado a la España de Franco donde es fusilado. A partir de ese momento, y hasta la muerte de Araceli Zambrano, quien padeció serias secuelas psicológicas el resto de su vida, las dos hermanas no van a separarse. Y en tal unión está también el sentido de esta *Antígona* que contiene, en su biografía de hija de Edipo, la historia toda

de las mujeres que, sin elección, han de padecer un mundo belicoso y violento del que, sin embargo, no forman parte.

María Zambrano da, con su *Antígona*, una segunda oportunidad porque entrega un tiempo del umbral donde vida y muerte aún se unen en ese claro del bosque simbólico. La hija de Edipo, obligada a decidir entre la ley de la polis y la ley del corazón, puede enfrentarse a su memoria directa, representada por Edipo, por la madre, por los hermanos, por su nodriza, por el sueño de la hermana, etc., dialogando de frente con ella. Cada personaje que se acerca a la muchacha enterrada viva es como un fragmento, una prolongación de sí misma. Monólogos-confesión que se hilan los unos a los otros ante la mirada y la conciencia de Antígona, que se muestra la mirada y la conciencia de un mundo fracasado mientras perviva la exigencia de la humillación jerarquizante e impositiva, que sublima la heroicidad para ocultar la falta de justicia que esa actitud significa. Cuando Antígona, en la pieza de María Zambrano, pueda hablar con su amante Hemón, o se enfrente a esa Harpía hacedora de destinos claustrofóbicos, iremos reconociendo, en el desvelar de las palabras, cómo se impone la tradición, cómo en toda construcción social donde se acalle la voz de las mujeres habrá un desequilibrio que acabará siendo mortífero para la sociedad en su conjunto. Así se lo hará saber, última advertencia, a Creón —el poder— cuando este baje a su tumba para pedirle que la abandone, temeroso de la reacción de quienes vean en Antígona lo que, verdaderamente, es: una mártir de esa historia sacrificial. La historia en la que María Zambrano reconoce a su propia generación.

El final de *La tumba de Antígona*, canto al amor como única tierra de la fraternidad, del perdón, cuando esos misteriosos Desconocidos vengan a buscarla porque es la hora, enlaza con el tono de *Ariadna*, de Marina Tsvietáieva. Podemos hacer múltiples lecturas, como ocurre con la obra grandiosa de Zambrano. Pero solo vamos a detenernos en esa elección de un personaje mitológico a través del cual dirimir la compleja y dolorosa convivencia entre la convención que exige perdurar y el corazón que pide vuelo. Podemos hallar, acaso, huellas de la dificultosa relación que ató a Marina Tsvietáieva con Serguéi Efrón, el chantaje emocional que encadena. Incluso el castigo social impuesto a quien rompe la cadena de la costumbre. Auguraremos, con la ventaja de conocer cómo fueron los hechos, a esa Ariadna abandonada que será Marina en Moscú, errante, extranjera. En su *Ariadna* hay, sin saberlo ella, una premonición, la del último amor humano de Marina cuando le queden tan solo meses de vida, y a quien dedicará sus últimos poemas: el poeta Arseni Tarkovski, padre del futuro cineasta Andrei Tarkovski. Ariadna abandonada en Naxos por Teseo es elevada a los cielos por Dionisos, el dios del impulso creador. Solo la poesía, solo la belleza son lugares donde Ariadna puede habitar. Donde podría encontrarse con esa Antígona que clama por la paz y que se entrega en sacrificio, precisamente, por esa paz venidera. Siempre hay, dirá Zambrano desde las palabras de Antígona, razones para matar: enemigos, patrias, pretextos. Por eso es necesario desvelar el sendero que lleve hasta ese nuevo orden donde no tenga cabida la violencia. Ariadna reconocerá a Afrodita en su propio periplo de mujer abandonada; pero sabrá que no es posible, ni deseable, ni justo abandonar “la ley del amor”, esa fuerza guardada en lo más recóndito del ser que la tradición no valora como valora la fuerza, engañándose al creer que basta la viril espada, e ignorando que sin el hilo “el héroe” no saldrá del laberinto.

Escuchar y hacer praxis la lección de las dos heroínas primaverales, Ariadna y Antígona, permite la reescritura de la palabra “quimera”, y también borrar el límite asumido que niega la paz como pacto. Marina Tsvietáieva querría haber sido enterrada abrazada a la obra de Homero; y María Zambrano hizo grabar en su tumba lo que ya figuraba en la de Araceli, las palabras del poema de amor que es el *Cantar de los cantares*: levántate, amiga, y ven.

Contra la barbarie, dos mujeres, Ariadna-Marina y Antígona-María, demuestran el valor de la palabra frente a la fuerza, y del respeto frente al prejuicio. Cuando la solidaridad sustituye al miedo, la esclavitud se convierte en ciudadanía. Y, sí, entonces, dirán nuestra poeta y nuestra filósofa, el orden que se establece cambia el mundo. Porque la guerra mata la vida, y quienes sobreviven —Creón, Teseo, Marina Tsvietáieva, María Zambrano— saben que una guerra no acaba del todo porque deja, sobre la vida, muerte.

IV. El exilio como patria

María Zambrano se casa con Alfonso Rodríguez Aldave en 1936, recién comenzada la Guerra Civil española. La condición de diplomático de su marido, a quien conoce desde los tiempos de las Misiones Pedagógicas, la traslada a Chile, donde desarrollará una intensa labor cultural tendiendo puentes entre la España bélica y la palabra poética y el pensamiento como antídoto contra la barbarie. Cuando comprendan que la democracia está perdida regresan a España. Han de ser los testigos, el testimonio de que, una vez, fueron posibles la paz y la palabra. Es 1937. Con algunos de quienes fueran sus compañeros de generación, de universo, de vida, María Zambrano presenta una comunicación conjunta en el II Congreso de Intelectuales por la Paz, de Escritores en Defensa de la Cultura: la cultura como freno a la barbarie, la cultura como condición para la paz. Hay fotografías aleccionadoras, huellas poderosas de aquellos días que, a la vez, enlazan a nuestra filósofa, de nuevo, con nuestra poeta. La primera edición del Congreso había tenido lugar en París en 1935. En aquella ocasión, Marina Tsvietáieva había vuelto a encontrarse, después de muchos años, con su amigo Boris Pasternak; un encuentro que ella, traductora del escritor ruso, vivió como un desencuentro que se desvelaría, posiblemente, cuando se viera sola y errante, desesperada en el Moscú de su aciago regreso a la Unión Soviética en 1939. Quizás comprendiera, por ejemplo, la suspicacia de Pasternak, a quien las autoridades soviéticas habían negado, hasta el último momento, el permiso para asistir al Congreso, cosa que hizo vigilado, de modo que tampoco sería fácil poder sincerarse con su amiga, que no supo entender ni pudo compartir su momento complicado, personal, con el futuro Premio Nobel de Literatura.

Ni la larga y cómplice amistad, ni aquella correspondencia insólita y magnífica que establecieron Pasternak y Tsvietáieva con el maestro admirado Reiner Maria Rilke en el verano de 1926 fue suficiente para que solventaran tamaña desazón. Marina Tsvietáieva no se despidió, en París, de Boris Pasternak aunque reanudaran, tras la dolorosa separación de aquel 1935, la escritura de cartas y los mensajes a través de amistades comunes. No pudo compartir la exclusión a la que es sometida por

parte de la emigración rusa en París, ni sus ansias de una libertad que va constriñéndose por las circunstancias familiares, por las desapariciones y los silencios de Serguéi Efrón y sus turbios asuntos. Ni pudo oír a su amigo narrarle el miedo y la vida bajo vigilancia que es, ahora, la Rusia que ya no reconocería, el significado lapidario de convertirse, de un día para otro, en un enemigo del pueblo. Boris Pasternak sufrió, con todo dolor, el suicidio de su amiga, que no era más que la continuación de la locura en la que su mundo, el mundo que ambos soñaron, se había sumido. Ni la renuncia al Premio Nobel fue, para él, un perdón, ni lo fue para Marina haber suplicado a Beria o a Stalin por la vida de su familia. Ya no existía el lugar donde ese perdón fuera posible en un mundo donde, como escribiría María Zambrano, no cabía la piedad. Los sueños revolucionarios se habían convertido en una pesadilla. Las acusaciones hacia Marina por parte de Meyerhold, por ejemplo, que la denuncia como contrarrevolucionaria se muestran terroríficas cuando sabemos el final del propio Meyerhold. Transcribimos un breve fragmento de uno de los interrogatorios a los que es sometida Marina Tsvietáieva cuando aún está en París:

Desde los inicios de la revolución española mi marido se apasionó por la causa de los republicanos, y esta pasión se avivó en septiembre pasado cuando estábamos de vacaciones en Lacanau-Océan, en la Gironde, donde asistimos a una llegada masiva de refugiados que venían de Santander. Desde entonces, mi marido ha manifestado el deseo de ir a la España republicana a combatir. Se fue de Vanves el 11 o el 12 de octubre pasado y desde entonces no tengo noticias suyas. No puedo, pues, decirles dónde se halla actualmente e ignoro si se fue solo o acompañado. (Tsvietáieva, 2005, pp. 484-485).

Su marido, dirá, es un buen hombre incapaz de hacerle daño a nadie.

Al comienzo de la Guerra Civil española muchos de quienes habían sido “blancos” en Rusia y que, en la mayor parte de los casos, habían tenido que abandonar su país, como el marido de Marina Tsvietáieva, pensaron que aquella Guerra española era una lucha contra el comunismo, por lo que se alistaron en la Legión Extranjera Española y otras unidades voluntarias de apoyo a Franco. Sin embargo, Serguéi Efrón estaba tratando de volver a Rusia y tenía que demostrar su “arrepentimiento” por aquel “error de juventud”. Querer cambiar su destino significaba ir, una a una, superando las pruebas que su antiguo país, hoy irreconocible pero que ellos conservaban en la imagen de la memoria, iba exigiéndoles. Pudo regresar, precedido de su hija Ariadna, pero sabemos cómo fue su final.

Cuando Marina Tsvietáieva y Gueorgui lleguen a Moscú los está esperando Ariadna. Sabrán que Anastasia Tsvietáieva hace ya años que ha sido deportada. Unos días después de llegar a Rusia Marina escribe en su diario:

El 18 de junio llegada a Rusia, el 19 –a Bólshovo, encuentro con un Seriozha enfermo. Falta de confort. A buscar queroseno. Seriozha compra manzanas. Opresión paulatina del corazón. El calvario de los teléfonos. La enigmática Alia, su alegría postiza. Vivo sin papeles, no veo a nadie. Los gatos. Mi adorado adolescente poco cariñoso –un gato. (Todo esto es para *mi* memoria y para la de nadie más. Mur, aun si lo lee, no lo reconocerá. Pero no lo leerá, por que huye *de esto*) [...] *Mi soledad*. El agua de los platos y de mis lágrimas. [...] Me prometen una mampara –los días pasan. Una escuela para Mur –los días pasan. [...] La enfermedad de Seriozha. [...] Trozos de su vida sin mí –no tengo tiempo para oírlos: tengo muchas cosas que hacer, lo oigo siempre en tensión. La bodega: cien veces al día, ¿¿Cuándo –escribir?? [...] No tengo de quien asirme. Empiezo a entender que Seriozha es débil, del todo, en todo. [...] De mí. Todos me consideran valiente. No conozco a una persona *más temerosa* que yo. Tengo miedo de todo. De los ojos, de la oscuridad, de los pasos, pero sobre todo –de mí misma, de mi cabeza –si esto es una cabeza- que con tanta abnegación me ha servido en el cuaderno y tanto acaba conmigo –en la vida. Nadie ve –nadie sabe, -que hace un año (aproximadamente)

busco con los ojos –un gancho, pero no hay, porque en todos lados hay electricidad. No hay “arañas”... Hace un año que me pruebo –la muerte. (Tsvietáieva, 2005, pp. 528-529).

Apenas un mes después de esta entrada, Efrón es arrestado y Marina y Mur se marchan, de un modo clandestino, a Moscú. Su hija Ariadna ya estaba en la cárcel. Madre e hijo vivirán en habitaciones cedidas por horas. Ella buscará, por todos los medios, un sustento; él se aferrará a los estudios como única tabla de salvación. No saben que Ariadna acabará confesando, bajo tortura, lo que sus torturadores quieran que confiese: sí, es una espía como lo es su padre. Marina recorre las cárceles de Moscú esperando una noticia que le haga saber si su marido y su hija siguen vivos. Va sabiendo de la deportación de Ariadna, va conociendo la desaparición de los más próximos. Vuelve a ser sometida a interrogatorios, escribe cartas desesperadas a los amigos, a las autoridades. Se encuentra, de un modo clandestino también, con Anna Ajmátova. Los bombardeos sobre Moscú, el terror de que Mur, quien por edad ya tiene la obligación de ser vigilante nocturno en los tejados de la casa, muera hace que determine el abandono de Moscú. Su hijo no quiere. Ella lo obliga. Son evacuados rumbo a la República Tártara, como otros intelectuales y artistas. Parte de los pasajeros y pasajeras se quedan en Chistopol, pero Marina y Mur son llevados a Yelábuga. Sin éxito y hasta la humillación Marina busca un trabajo. Tiene que volver a ser señalada como traidora: ha sido una emigrada, hay que desconfiar de ella. No tiene a nadie que la ayude, más que a este muchacho firme que, en la intimidad de su diario, está convencido de que si sigue estudiando a pesar de las dificultades, triunfará en la vida. El mismo legado que la madre de Marina Tsvietáieva le había dejado a su hija, ese amor incondicional y esa confianza incondicional hacia la cultura, es lo que Marina le ha dejado a Mur.

Como ya hemos señalado, el 31 de agosto de 1941, unos días después de haber llegado a Yelábuga, Marina se suicida. Pide disculpas, por carta, a su hijo. Le pide que si ve a Ariadna y a Serguéi les diga que los amó por encima de todo y que por eso ha decidido la muerte. Sabemos que los servicios secretos del régimen habían estado rondando por la zona, que incluso se habían encontrado con Marina. Serguéi Efrón será fusilado, y a pesar de que enloquezca por la tortura jamás acusa a Marina, puede que ni siquiera supiera que había muerto. Gueorgui Efrón, abandonado también por los amigos de la madre a quien esta había pedido que se ocuparan de su hijo, vuelve a Moscú tras la muerte de Marina. Se matricula en la Facultad de Letras. En febrero de 1944 es llamado a filas, entra en combate en mayo, el 7 de julio la guerra lo asesina. Ariadna Efrón no será rehabilitada hasta 1955, tras ocho años en el Gulag; dedicará, a partir de ese momento y hasta su muerte en 1975, su vida para situar la obra de su madre en el lugar que le corresponde. Anastasia Tsvietáieva, detenida en 1937, pasará más de quince años en el Gulag, y un año antes de su muerte, en 1993 cuando ya tiene 98 años, conseguirá que se abra en Moscú la Casa Museo de Marina Tsvietáieva.

Al exiliado, escribe María Zambrano, se le roba el espacio y el tiempo...

María Zambrano comenzará esa trágica experiencia en 1939 cuando atravesase la frontera. Pero, sobre todo, cuando a pesar de la esperanza ínfima asuma que el exilio será su única patria. Los textos acerca de la experiencia del exilio, la descripción del ser humano exiliado como alguien que está para mostrarse se encuentran entre los más clarificadores que ha dado el pensamiento occidental. Nada le

queda al exiliado más que una memoria que ya no será nunca un espacio donde habitar, que acabará perdiéndose y desterrándolo de todo presente que quiera recuperar el pasado. Estuvo, en su juventud, implicada en movimientos estudiantiles y sociales, siempre convencida de que desde el pensamiento y la creación podía cambiarse el mundo. Y si bien no militó nunca en un partido político, su figura mediadora consiguió unir generaciones intelectuales y apoyos de “los maestros” para causas que eran su presente y habrían de ser semillas fértiles, democráticas, en el porvenir. Hubo quien consideró su postura ambigua, tiene que ver, una vez más, con los juicios que se establecen según criterios inmovilistas. María Zambrano trabajó por un mundo más justo, en un tiempo donde la justicia desaparecía tan deprisa como la esperanza.

En 1984, María Zambrano regresaba a España. Justo un año después Mijaíl Gorbachov comenzaba las reformas que darían lugar a la Perestroika, y los archivos del KGB empezaban a abrirse, por lo que la obra de Marina Tsvietáieva empezaba a ser publicada, conocida; habían pasado cuarenta años desde su muerte, alguno más, para María Zambrano, desde que comenzara su exilio. Estaba a punto de cumplirse el plazo pedido por Ariadna Efrón para publicar la parte más personal de la obra de su madre. En 1988, María Zambrano se convierte en la primera mujer que obtiene el Premio Cervantes; el año anterior se había constituido la Fundación que lleva su nombre. En 1991, 50 años después que Marina Tsvietáieva, moría María Zambrano y era enterrada en su Vélez-Málaga natal. Marina Tsvietáieva reposa, todavía, en una fosa común, una cruz, en Yelábuga, hace las veces de obelisco simbólico de su presencia.

El exilio anula todo rencor, y también toda esperanza, pero no la memoria. Se convierte para el exiliado, para la exiliada, en su única patria. Con ese tono aleccionador, tristísimo, describe María Zambrano su recuerdo de la muerte del dictador que simbolizara su exilio:

No recuerdo, en verdad, que Valente y los otros amigos con quienes yo más hablaba hicieran comentarios, pues no tenía sentido. Y de lo que no tiene sentido no se puede hablar.

También estoy cierta de que algunas personas de diversas edades, que habían pasado en España gran parte de su vida, es decir, bajo el poder del Caudillo, me reprocharon que yo no me alegrase de esa muerte sin sentido. Decían: “Claro, como ha pasado más tiempo en el exilio que en España...”. Y yo les dije lo que digo, aun cuando insistiesen: “No celebra este acontecimiento porque no ha sufrido en el interior, porque no le ha pasado nada...” ¿Nada? He perdido, tal vez para siempre, mi patria, esa palabra que con tanto temor se dice y que se calla más que se dice. He perdido mi vida, la que yo hubiera tenido en España, la de mis amigos, la de mis compañeros. He perdido, no más iniciada, lo que ni siquiera sabíamos si iba a ser una guerra civil. He perdido a gran parte de la gente de mi generación, a la que llamo la del toro por su sentido sacrificial, seres muy queridos, víctimas. Y no he perdido nada cuando tengo sobre todo y entre todo ese río de recuerdos sin compasión, ese espectáculo de la falta de piedad, la torpeza suma. Tal vez por eso no me puedo alegrar.

No, no me puedo alegrar. No, no me quiero alegrar (Zambrano, 2009, p. 110).

V. Claros del bosque

Si Marina Tsvietáieva y María Zambrano se hubieran conocido, y se hubiera dado el caso de una conversación profunda, habrían hallado tantos puntos comunes que, de alguna manera, se habría construido un pequeño rincón donde reescribir el futuro de ambas. Un rincón donde nombres como Federico García Lorca y Homero, la danza y la música, la amistad y el misterio irían entregando

fragmentos de un libro por escribir de aquellos que, como dijera Marina Tsvietáieva, si no llegase a nacer traería sufrimiento. Concibieron la vida bajo la protección de la belleza, esa que se expresa en las grandes creaciones de los seres humanos y que va ganándole terreno a la maldad y a la mediocridad. Hablarían de la falta de entendimiento de su actitud, por parte incluso de propios además de ajenos. En el caso de María Zambrano, podría darle el nombre de compañeros de generación y horizontes, incluso amigos en el sentido más habitual del término, que utilizaron la creación literaria para expresar lo que opinan de una mujer pensadora, creadora, independiente “inspirándose en ella” como motivo de burla y crítica, algo que no podrían expresar fuera del libro. Marina Tsvietáieva podría contarle, en la misma tonalidad, los desencuentros con hombres y mujeres que confunden la entrega del alma con la entrega del cuerpo.

Y así, en una línea encadenada de temas posibles, ambas, siempre a través de su obra, de sus diarios, de su correspondencia, nos irían, nos van contando a quienes leemos sus textos un tiempo específico y crucial para la historia del mundo que habitaron y que habitamos hoy, a la vez que la larga marcha de las mujeres hacia la igualdad. Y lo hacen con un componente de urgencia que, a la par y sin que esto sea contradictorio, se sobrepone a su espacio y a su tiempo y se convierte en testimonio ejemplar a-temporal, como solo las grandes obras creadoras logran. Convivencia, respeto, expectativas, justicia, dignidad, el papel de la educación, el papel de la cultura, la tradición cultural que universaliza, el encuentro entre culturas y civilizaciones. La paz.

La lectura y el estudio de las obras de Marina Tsvietáieva y María Zambrano ha crecido, cuantitativa y cualitativamente, en las últimas décadas. Esto está permitiendo configurar una genealogía para las mujeres creadoras y, a la par, para el pensamiento y la creación poética que es beneficioso, como no podría ser de otro modo, para el conjunto de la sociedad. Pero aún queda mucho por hallar en una escritura personal que ha de buscar recovecos del pensamiento más académico y canónico para hallar su lugar. Un lugar que es un claro del bosque. Con todas las consecuencias.

Referencias bibliográficas

(A continuación, señalamos tan solo algunas obras de Marina Tsvietáieva y María Zambrano, o acerca de la obra de ambas, que han sido utilizadas para la elaboración de este breve artículo. Hemos querido aportar algunos comentarios al respecto porque existen, de un modo accesible, excelentes estudios biográficos y críticos que podrían estar, igualmente, en este listado mínimo. Toda la obra de Marina Tsvietáieva y toda la obra de María Zambrano pesan como lectura y trabajo de muchos años, aunque no se den aquí todos los títulos. En el caso de Marina Tsvietáieva, hemos creído pertinente mostrar la importancia de diarios, correspondencia, y biografías que sin ser “autobiografías de Marina Tsvietáieva” porque han sido escritas por otras personas a veces incluso con un afán “autobiográfico”, acaban siendo de, para y acerca de Marina, como ocurre con los diarios ajenos. Tanto es su poder. En el caso de María Zambrano, hay que mencionar que se han acercado a ella pensadores y pensadoras de alto fuste y reconocimiento investigador, así como poetas que, señalan ese “método de los claros”

en su estilo. Nos referimos, aunque no se señalen aquí sus obras, a José Ángel Valente, José Miguel Ullán, Antonio Colinas, Clara Janés, Amalia Iglesias, Fanny Rubio, etc. Son trabajos que procuran sendas inéditas y de suma importancia actual, no porque den respuestas, sino porque formulan preguntas tan inesperadas como precisas, lo que acaso sea el comienzo de un planteamiento nuevo para solventar la carencia desasosegante de horizontes que caracteriza, tantas veces, al ámbito académico, al ámbito investigador, al ámbito universitario y, por extensión, al entramado de lo común al que nos referimos cuando hablamos, con propiedad, de “lo político”. Así lo están viendo los grupos de investigación que trabajan, desde hace años, en Italia, Francia, España, Alemania, etc. Creemos necesario señalar este hecho).

EFRON, A. (2008). *Marina Tsvetaeva, ma mère*. París: Éditions des Syrtes.

EFRÓN, G. (2015). *Diario*. Valencia: Uno y Cero Ediciones.

FEILER, L. (1994). *Marina Tsvetaeva. The Double Beat of Heaven and Hell*. Durham: Duke University Press

KUDROVA, I. (2004). *The death of a poet. The last days of Marina Tsvetaeva*. New York: Overlook Duckworth.

PASTERNAK, B., RILKE, R. M., y TSVIETÁIEVA, M. (1993). *Cartas del verano de 1926*. Barcelona: Mondadori.

SANTIAGO BOLAÑOS, M. (2014). *El secreto de Ofelia: Teatro, Tejidos, el Cuerpo y la Memoria*. Madrid: Ediciones Cumbres.

TSVIETÁIEVA, A. (2003). *Souvenirs*. Paris: Actes Sud.

TSVIETÁIEVA, M. (1990). *El poeta y el tiempo*. Barcelona: Anagrama.

TSVIETÁIEVA, M. (1992). *Indicios terrestres*, Madrid: Cátedra.

TSVIETÁIEVA, M. (1999). *Un espíritu prisionero*. Barcelona. Galaxia Gutenberg.

TSVIETÁIEVA, M. (2004). *Lettres du grenier de Wilno*. Paris: Éditions des Syrtes.

TSVIETÁIEVA, M. (2005). *Confesiones. Vivir en el fuego*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

TSVIETÁIEVA, M. (2006). *Ariadna*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.

TSVIETÁIEVA, M. (2006). *Natalia Goncharova. Retrato de una pintora*. Barcelona: Minúscula.

TSVIETÁIEVA, M. (2007). *Le gars*. Paris: Des femmes Antoinette Fourque.

TSVIETÁIEVA, M. (2008). *Les Carnets*. París: Éditions des Syrtes.

TSVIETÁIEVA, M. (2008). *Viva voz de vida*, Barcelona: Minúscula.

TSVIETÁIEVA, M. (2011). *Le cahier rouge*. París: Éditions des Syrtes.

TSVIETÁIEVA, M. (2012). *Mon dernier livre 1940*. Paris: Cerf.

TSVIETÁIEVA, M. (2012). *Mi madre y la música*. Barcelona: Acantilado.

TSVIETÁIEVA, M. (2015). *Diarios de la Revolución de 1917*. Barcelona: Acantilado.

TSVIETÁIEVA, M. (2018). *Cartas de amor a Konstantín Rodzévich*. Sevilla: Renacimiento.

ZAMBRANO, M. (2007). *La aventura de ser mujer (selección de textos)*. Edición de Juan Fernando Ortega Muñoz. Málaga: Veramar.

ZAMBRANO, María (2009). *Las palabras del regreso*. Edición de Mercedes Gómez Blesa. Madrid: Cátedra.

ZAMBRANO, M. (2012). *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*. Edición de Marifé Santiago Bolaños. Ourense: Linteo,

ZAMBRANO, M. (2014). *Obras Completas*. Dirección y coordinación de Jesús Moreno Sanz, hasta el momento, VI volúmenes publicados. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

ZAMBRANO, María, y GAYA, R. (2018). *Y así nos entendimos (correspondencia 1949-1990)*. Edición de Isabel Verdejo y Pedro Chacón. Valencia: Pre-Textos.

TROPELIÁS